

¡Tan débiles todos!...
 ¡Todos tan amados!...
 Y tornaba los ojos al cielo,
 y alzaba los brazos,
 y del cielo á raudales caían,
 al subir la oración de sus labios,
 luces en su mente,
 bienes en sus manos...
 Y en la grada más alta del trono
 mirando hacia abajo,
 temblando de amores,
 de amores llorando
 Soberano, radiante, divino,
 sublime, inspirado,
 como blanca visión de los cielos,
 como Padre de amores avaro,
 que á sus hijos quisiera traerles
 la gloria en pedazos...
 dulce, generoso,
 solemne, magnánimo,
 derramaba la luz de su mente
 y el bien de sus manos,
 inundando de effluvios de cielo,
 del mundo los ámbitos.
 ¡Se resiste la mente á creerlo!
 ¡Se resiste la lira á cantarlo!
 La legión de los hombres impíos,
 la legión de los hombres ingratos,
 ante el trono del Príncipe justo,
 del Príncipe sabio,
 ante el trono del Padre amoroso,
 del Padre injuriado
 congregados por vientos del abismo,
 rugieron, gritaron...
 ¡Lo mismo que aquellos
 que escuchaba el cobarde Pilatos,
 Y rodó la corona del justo,
 y á la cárcel al justo llevaron,
 y vive en la cárcel por ellos gimiendo,
 por todos orando!
 ¡Se resiste á creerlo la mente!
 ¡Se resiste la lira á cantarlo!
 Y una sola cuerda,
 que responde al pulsarla mi n ano,
 sólo quiere cantar esta estrofa,
 que repite con ecos airados:
 «¡Ay de los impíos!
 ¡ay de los ingratos
 que coronan de agudas espinas
 las sienas de un santo,
 la frente de un Padre,
 la cabeza de un débil anciano!»
 Gabriel y Galán

EL MILAGRO DE SAN JENARO

Ante la ciencia.

Sabido es que dos veces al año, en Mayo y en Septiembre, la sangre del glorioso mártir San Jenaro, que se conserva en la Catedral de Nápoles, se liquida y entra en ebullición á la vista y entre las aclamaciones de una concurrencia siempre numerosísima.

Pues bien, los anticlericales de Italia han querido explicar el fenómeno científicamente con el propósito de desacreditar aquel gran milagro y con él todos los demás, propagando así la incredulidad y haciendo despreciables las creencias del pueblo católico.

Los héroes anticlericales eran Podrecca y Pali, redactores respectivamente de los periódicos impíos *Asino* y *Avanti*.

Estos dos *signorini* intentaron demostrar que el milagro de San Jenaro no es tal milagro, sino pura farsa é invención de los curas, y se ofre-

cieron á hacer ellos mismos otro tanto con una ampolla de sangre cuajada que tenían prevenida al efecto.

Causó el anuncio no poca sensación en la ciudad de Roma, y no bajaron de 2.000 las personas que acudieron á presenciar las maravillas del *Asino* y del *Avanti*. Asistieron asimismo á la reunión varios doctores católicos:

El resultado fué desastroso, el chasco soberano.

He aquí como refiere lo que pasó un testigo poco sospechoso, el corresponsal romano del periódico genovés *II Secolo*, que lo será todo menos católico.

Abierta la sesión, y presentado por el tal Podrecca el ingeniero Giaccio, éste entretiene á su auditorio con largas divagaciones acerca de las invenciones de los curas, supersticiones del pueblo, etc., para llegar al fin á esta conclusión:

Signori, la licuefacción de la sangre de San Jenaro, que los sacerdotes atribuyen á un milagro, reconoce por causa legítima el calor proveniente del vaho de tanta gente reunida y producido por las velas que arden en el altar del Santo. ¿Lo queréis ver prácticamente? He aquí una ampolla que contiene sangre cuajada. ¿Veis? Pues yo la voy á liquidar con el calor de esta candela.

Comienza la prueba. Pasan veinte minutos. La sangre continúa más dura que antes. Pasa media hora, y el público comienza á murmurar.

El ingeniero Giaccio palidece. A los 40 minutos los rumores de la concurrencia impacientada aumentan en intensidad. Los instantes se van haciendo críticos, las manos del ingeniero que sostienen la ampolla y la candela comienzan á temblar.

A los 50 minutos, el público no pudiéndose contener mas, estalla en un coro de silbidos é imprecaciones ensordecedoras.

«Farsantes, embusteros,—gritan de todas partes,—misticadores, etc. etc.»

El ingeniero Giaccio y el señor Podrecca, en vista de este pandemónium, se ocultan y por una puerta del fondo se sustraen á la justa cólera del público. Los 2.000 asistentes siempre gritando y silbando se lanzaron á la calle, donde los esperaba una tropa de carabineros agentes: en poco tiempo todo entró en calma.

Roma comenta este fiasco colosal de los socialistas y de los anticlericales.

ANTE EL SECTARIO

¿Quiére usted conocer á ese que los suyos llaman el maestro, me dijo el amigo que me acompañaba, á ese que con su pluma destruye y no edifica porque va arrebatando la fe de los corazones y poniendo en ellos el odio más infernal? ¿Quiére usted

conocerle? Mirelo, es ese anciano de anteojos; y esa joven, bastante agradecida por cierto, es su hija.

Yo me figuraba al maestro de sectarios, al escritor funesto para las almas, que no para la Religión pues ésta no la destruye él ni el mundo entero porque es indestructible como su Divino Fundador, yo me le figuraba, digo, un hombre en la plenitud de la edad, con arrogancias de vida, cuando parece que más lejos se está de la eternidad; pero no, era un anciano y un anciano algo achacososo, ¡Infeliz! A sus años y todavía queriendo hacerse fuerte sobre la falsa base del librepensamiento más rabioso; á dos pasos no más de lo eterno y todavía con serenidad pasmosa burlándose de ello. Hoy es y no cree, mañana ya no será y tendrá que creer forzosamente.

Dios le conceda antes del gran paso de esta vida á la otra, momentos de lucidez en los que se arrepienta y se salve; se lo deseo de todo corazón.

Un gran rato permaneció parado cerca de mí esperando el mismo tranvía que yo esperaba. No quise escuchar la conversación que sostenía con su hija porque nunca me gustó eso, pero viéndole, veníanseme á la imaginación muchas cosas.

Lo primero en que pensé fué en un cuadro titulado «¡Al abismo!» del señor Cabrera Cantó donde un grupo de locos ó malvados se empeñan en destruir la santa Cruz enhiesta sobre unas rocas. A dicho fin, aquellos desatentados colocan una cuerda para tirar del madero; pero éste es tan fuerte que las cuerdas se rompen y aquellos hombres y mujeres caen uenos sobre otros y allá van dando tumbos con sus desnudas carnes sobre las rocas y los espinos de la rampa breñosa que ha de conducirles al abismo.

¡Al abismo!... Al abismo van, si, todos los que se dedican á combatir la Cruz de Cristo! ¿Cómo no aprenden estos desgraciados en la experiencia de veinte siglos?

Recordé también, mirando al escritor sectario, al maestro, como le llaman los suyos, tantos que dedicaron sus talentos, su dinero, su vida entera en destruir la Religión Católica y la Religión Católica vive cada vez más floreciente y ellos murieron y ya han dado cuenta á Dios de sus actos y ya recibieron su merecido. ¿No desesperanza esto á los enemigos de Cristo? ¿No les infunde terror? ¿Dónde está, pues, su listeza, dónde su talento?... El demonio los ciega.

Mirando al escritor sectario, gancho de Satanás, sí, perverso guía, recordé uno de sus artículos en los que se lamentaba de los estragos del anarquismo y atribuía, como causa principal, la propagación de éste mal social á la falta de creencias religiosas... El mismo venía á condenar sus doctrinas y esta inconsecuencia sec-

taria me recordaba también muchas más de otros laborantes de su misma clase y condición.

El impío Rousseau mandaba huir de aquellos que siembran en el corazón doctrinas irreligiosas contrarias al Evangelio de Jesucristo.

Montesquieu se indignaba contra los que atribuyen al Catolicismo (religión pura) males que no ha causado.

El gran Byron confesó más de una vez la veneración que le causaba el Catolicismo, queriendo que su hija fuese educada en esta Religión.

El poeta inglés Tomás Moore, después de hacer un estudio profundo de las religiones abrazó con extraordinaria alegría el Catolicismo.

El mismo Voltaire muchas veces hizo pública su creencia en la existencia de un Dios y en la perfección de su Religión Santa.

Renan, el impío Renan llegó á decir que es imposible fundar la dicha de todos en medidas políticas y económicas si estas no toman por norma el espíritu de Jesucristo.

Pablo Bourget, novelista escéptico francés exclamó en más de una ocasión que el Cristianismo es el gran remedio social cuya propagación hay que anhelar y facilitar.

Victor Hugo, D'Alembert, Alejandro Dumas, Cesar Lombroso, Casimiro Perier, el inmundo Zola, Julio Simón, Crispi y tantos más personajes conocidos por sus campañas anti-religiosas, han llegado á manifestar en momentos libres de pasión sectaria, que lo que ellos combatían, el Cristianismo, era lo más noble, lo más bueno lo más santo, y muchos de estos impugnadores de lo más bueno, lo más noble y lo más santo, á ello se acogieron cuando la muerte les dió á entender que era llegada su hora y que ya se habían acabado los tiempos de echárselas de *spiritus fuertes*.

Una hora de estas, una hora feliz para su alma yo le deseo al anciano escritor sectario. Estudie bien esta Religión que combaté sin cesar y verá que no hay ella NADA que pueda ser combatido.

Recuerde que de cuantas controversias ha tenido que aceptar de hombres eminentes, de tantas ha salido la Religión católica victoriosa y radiante como la luz del sol. Piense, y esto dice mucho, que en la tremenda hora de la muerte nadie, nadie se ha arrepentido de haber sido católico, muriendo muy dichoso: y muchos muchísimos de los que vivieron combatiendo el Catolicismo, en esta hora suprema en que se decide nuestra situación eterna, hanse retractado de sus pasados errores acogiendo á él como única tabla de salvación.

Piense en todas estas cosas el escritor sectario.

AL PUEBLO

XIII

La taberna

Dícese de París que es la universidad de los siete pecados capitales; de la taberna puede decirse que es la escuela de todos los pecados habidos y por haber. ¡La taberna! El mayor enemigo que tiene el obrero y el más impune, pues las autoridades no se atreven á tomar medidas de defensa contra ese centro de envenenamiento público.

Describiendo la taberna un distinguido escritor de la Corte, dice:

«La taberna es refugio de ladrones y carteristas, antro de horribles blasfemias, centro de contratación entre los personajes de la hampa, tugurio del juego más vil, verdadero autor de los crímenes de navaja, de muchos suicidios, de la ruina de innumerables familias jornaleras, de la depauperación del organismo en las clases populares, de infinidad de casos de locura, de multitud de enfermedades hereditarias. De allí, de la taberna, sale el vaho de la podredumbre social; de allí procede la filosofía del Juan José de Dicenta: si no me dan trabajo, robo; si la mujer que yo quiero me abandona, mato. El robo y el homicidio son los dos principios fundamentales de la sociedad que en la taberna se forma y que luego se desparrama por todas partes para luchar á brazo partido con la justicia»

Allí, en la taberna, la señora del pueblo, una muchedumbre de parroquianos rodea sus mesas, doradas de van dejando, con el dinero, pedazos de su vida, de su dignidad y de la de sus hijos.

Y quien dice la taberna dice el café, la cervecería y todos esos lugares de consumo innecesario, fomentadores de la disipación y la vagancia; el cambio de decoración no hace cambiar la esencia del vicio de la bebida.

Empiezan muchos obreros por entrar en estos lugares de perdición como á la fuerza, por satisfacer el capricho de algún amigo; vuelven á entrar más tarde por corresponder á compromisos adquiridos: insensiblemente se van acostumbrando á aquel lugar, que antes, en su vida morigerada, miraban con asco; ya no es sólo el sábado para festejar el cobro, es todos los días, y después á todas horas y con esta permanencia prolongada en la taberna, en el café ó en la cervecería, las fuerzas de la voluntad se aflojan, y la holganza se van enseñoreando de ellos.

Los datos estadísticos con su elocuencia irrefutable, vienen en apoyo de todo lo que dicho queda contra la taberna y sus similares más ó menos decentes:

Durante el quinquenio de 1879-83, se consumieron sólo en Asturias (concretamente á nuestra provincia) más de 20 millones de litros de alcohol: en el de 1893-97 el consumo fué de cerca de 50.000.000: á esta fecha la criminalidad alcanzó á ser de un 58 por 100 en relación al número de habitantes, y ha de observarse que en los cinco Juzgados de mayor criminalidad fué donde más alcohol se consumió.

También en el extranjero las estadísticas demuestran la misma ley de causalidad ocasional entre la taberna y el delito.

En Berlín, dice Hitre, fueron arrestadas durante el año 1874, por actos cometidos, como consecuencia de la borrachera, 19.003 personas, entre las que había 8.281 mujeres.

Esto por lo que se refiere al orden público, que es lo que más interesa á un Gobierno; si fuéramos á enumerar los efectos de la taberna en el orden doméstico y en

la salud individual, no acabaríamos nunca.

Algunos obreros, apremiados por el motivo de su asiduidad á la taberna, suelen escusarse diciendo que van para charlar un rato ó porque en sus casas no se puede parar; habitación reducida, sucia, después la mujer siempre de malos pelos, los chiquillos llorones...

¡Que se va para charlar un rato!, ¿y de qué? no de cosas buenas, no para aprender virtud, honradez; y la prueba está en lo que queda expuesto. Respecto á que tu casa sea un lugar inestable, hay mucho que hablar y no quiero hoy decírtelo todo.

Cuantos frecuentan la taberna y los otros sitios de consumo, saben perfectamente que aquel local sucio y mal ventilado predispone á la tisis; que aquellas bebidas casi siempre adulteradas con el venenoso alcohol industrial producen horribles estragos en el corazón, en el estómago, y en el cerebro: que la compañía de aque la gente maleante y despreocupada allana el camino de la cárcel y el presidio.

¡Ah, no sabes ni lo que dices ni lo que haces, pobre obrero que frecuentas la taberna! si tu casa es lugar inestable, gran culpa te cabe á tí, que no miras por ahorrar ese dinero que malgastas en la taberna, bebiendo, comiendo y jugando, con el que pudieras beneficiar á go tu casa y hacer más sustanciosa la comida de que participan tu infeliz mujer anémica y tus hijos raquíticos y escrofulosos; gran culpa te cabe á tí que no sabes ser ni buen marido mostrándote buen compañero de tu mujer, ni buen padre, descuidando tu mayor deber, la educación de tus hijos.

No, nunca has sido feliz el hogar cuyo jefe es parroquiano de la taberna.

Bien puede llamarse criminal al hombre que por la maldita taberna tiene á su familia en la miseria. ¿Cómo se atreve á criticar á los demás á meterse á arreglador del mundo quien empieza por ser de conducta reprehensible, por tener su casa en el mayor desarreglo?

¿Cómo se atreve á rugir contra la explotación burguesa el hombre que en vez de llevar á la familia el fruto de su trabajo á regocijar un momento á su madre, á su hermana, con aquel puñado de monedas que, á pesar de su escasez, significan pan y cocido para unos cuantos días y tranquilidad y gozo de espíritu en el hogar, se detiene á gastarlo en la taberna?

Yo bien creí, pueblo amigo, que comenzabas á dar cuenta de lo perjudicial que te es la taberna cuando á propuesta precisamente de los vocales obreros, la Comisión de Reformas sociales, votó en la ley del descanso dominical la clausura de todo establecimiento de bebidas alcohólicas ó espirituosas en el día del domingo, en ese día en que el obrero puede mejor que otro alguno dedicarlo á su familia, pero con harto dolor de mi corazón ví después que ese voto no era sincero, como no son sinceras todas esas vociferaciones de los socialistas contra la taberna, por cuanto estas se multiplican cada vez más y prosperan que es un horror: ¡Podrá dar quiebra una tienda de comestibles, una taberna es difícilísimo!

Yo he tenido ocasión de ver á la salida de un mitin donde se trinó contra la taberna que embrutece al obrero, irse estos en su mayor número á esas mismas tabernas á seguir embruteciéndose.

No pretendo con estas cosas que te digo el hacer de tí un abstemio, aunque existen muchas personas sanísimas y muy robustas que no prueban el vino; pero lo que sí desearía es que las tabernas dejasen de ser para tí obligado sitio de re-

creo. Ya ves que en las sociedades católicas obreras hay cantinas donde se expenden bebidas en excelentes condiciones, lo que no hay allí son borrachos, ni cantadores obscenos, ni ese juego que arruina á tantas familias, que causa tantos crímenes, ni navajas que resuelvan de un modo sangriento las disputas y cuestiones.

En este sentido conviene hacer la guerra á la taberna, y haciéndolo así se cumple un fin social importantísimo, fin de defensa moral, higiénica y económica.

HUYE PUES, DE LAS TABERNAS, si quieres conservar tu dignidad, si no quieres hundirte pronto en la pobreza.

Perfecto Amigo

CHARLA

—¡Dios... Dios!... Dios es un tirano, un cruel con nosotros y eso que le llaman misericordioso... ¿qué le hice yo para que me quite esa hijita que era mi consuelo, mi alegría, mi todo? No tiene ya bastantes ángeles en el cielo? ¿para qué se complace en arrebatarme el mío?... Después dicen....

—¡Calla, calla, infeliz! Tu mente afuscada con la desesperación no razona, disparata, blasfema. Anda, vamos un rato á tomar el fresco y á ver algo para que te distraigas y vuelvas sobre tí.

—Bueno, vámonos aunque sea al infierno.

—No te extrañes si te llevo á casa de una pobre familia que por cuenta de la Sociedad de San Vicente visita todas las semanas.

—Dios les traiga en paz, señores.

—El proteja siempre esta casa.

—Gracias, gracias.

—¿Y qué tal vamos?

—Ya puede V. ver. Mi hijita del alma con esos que la mata, esperando que Dios la lleve á su seno.

—¡Pobrecita! Lleva su enfermedad con mucha paciencia!

—¡Si parece una vieja por lo que sabe y no tiene más que quince años!

—¿Y qué tal su mujer?

—Esa, la pobre, también ¡ay, ay! siempre con su pata, ya no puede ir á asistir por las casas.

—¿Y usted encontró por fin trabajo?

—No, señor, pero aunque lo encontrara ¿quién maneja este cuchitril? Ayer vinieron á decirnos que nos iban á echar por que no pagamos.

—No tengan ustedes cuidado, todo se resolverá satisfactoriamente, Dios está arriba.

—¿Pero V. se cree que yo no confío en El?

Si El es toda nuestra esperanza. Cuando El nos manda esto es que conviene. Padeció Cristo, padeció su Madre Santísima, padecieron los santos y todos tenemos que padecer ó aquí ó allá.

Si padecemos allá ¡malo... muy malo! Aunque sea en el Purgatorio pero si padecemos aquí entonces la cosa marcha bien porque esto es poco por mucho que nos parezca y el premio es muy grande, muy grande.

—Pero ver morir los hijos es muy terrible, muy terrible; á mi acaba de morirse una niña y no puedo consolarme.

—Por que no quiere, señor. Hoy el mundo está perdido del todo y asegurarles la felicidad allá á los que queremos es un gran bien. ¿Sabemos nosotros si esa felicidad la perderían para siempre en llegando á grandes, con tantos medios de perdición como hoy hay? Además, si no nos consolamos de la muerte de nuestros hijos no hacemos la voluntad de Dios y nos exponemos á no verlos allá tampoco, por que Dios nos mande muy abajo... ya V. me entiende.

—Dichoso V. que tiene esa fé.

—Pues tenga V. en cuenta que quien la tiene es el dichoso y que quien no la tiene es el mas desgraciado del mundo. ¿V. se cree que yo no soy feliz en medio de estas pruebas que Dios me manda?

—Sí... sí... ya lo veo, y le envidio.

Pues no me envidie usted porque el tener fé no cuesta dinero. ¡Aviados estaríamos los pobres! En esto se ve principalmente lo bien que Dios gobierna el mundo. Pone el mejor tesoro á disposición de quien lo quiera, altos y bajos, ricos y pobres, sabios ó ignorantes... ¿su niña era muy grande ya?

—Tenía cinco años.

¡Bih! Angelitos al Cielo. Está ella mejor que V. ¿por qué se entristece?

—No sé... el no verla... el no oirla.

—Acate V. las disposiciones de Dios que como lee en lo porvenir ya sabe lo que hace y lo que nos conviene cuando nos aprieta con el dolor. ¿Sabe V. si esa hija que Dios le llevó, sería buena mañana, si no se perdería y les perdería á V. todos haciéndose desgraciada y haciéndoles desgraciados?...

—Sí... puede que...

—Forzosamente tenemos que acatar lo que Dios manda, pues acatámoslo con resignación cristiana y eso vamos ganando. El nunca nos manda nada que no sea para nuestro bien temporal ó eterno sólo que como nosotros no vemos mas allá de nuestras narices....

—¿Qué te ha parecido la lección esta del pobre?

—No está mal, no está mal.

—Ni que Dios le hubiese inspirado. Es esa una familia tan cristiana que, ya ves, no necesitamos nosotros infundirle palabras de consuelo. Va ella delante...

Aquí viene un conocido mío, rico muy rico y del todo indiferente en

cuestiones de religión. Verás, voy á tocarle el resorte.

—Adios señor D. X. ¿viene usted de misa?

—¿De qué, hombre, de rezar? V. siempre con sus beaterías.

—Como hoy es domingo... por eso se lo preguntaba.

—Y que más da hoy que otro día cualquiera. Lo que es si las iglesias se hunden á mí no me cogen debajo.

—Si, sí es V. prevenido.

—Ya lo creo. Quiere V. venir hoy conmigo á los toros, ó al teatro por la noche? Ya sabe que con mucho gusto...

—Gracias, pero le advierto que si esos edificios se hunden á mí difícil será que me cojan debajo.

—¡Ta, ta, ta, plagio, plagio! Si divertirse y comer bien y no hacer caso de curas y de beatos fuese pecado, Dios no me daría tan buena suerte como me da.

—Dios á veces lo da aquí todo á algunos para saldar cuentas.

—Bueno, bueno, alios *par predi-car*.

—¿Has visto éste qué diferente del otro?

—Páreceme que en el mundo hay muchas injusticias. Aquel hombre bueno, pobre y con enfermedades. Este hombre que se rie de la Religión, rico y feliz.

—Sí; hay muchas injusticias, y muchos contrastes de esta clase, pero cuando Dios los consiente, es porque el sufrir es necesario en este mundo, lugar de pruebas para la otra vida donde la justicia se hará completa dando á cada cual su merecido. Ya te hablaré de esto otro día. No hay resurrección sin calvario.

—¿Que obra de mérito no ha tenido su trabajo? Y queremos pasarlo bien aquí sin contrariar la ley de ningún género y luego pasarlo divinamente allá?

Cristo Jesús era la misma perfección y, no obstante, sufrió y murió por darnos ejemplo; ¿ha de ser el discípulo de mejor condición que el Maestro?

Cristo Jesús amó más que á nadie á su Madre Santísima y la dejó sufrir; ¿creemos que Dios no nos ama, que nos abandona porque nos aprieta un poquito el tornillo de la prueba?

Medita bien todas estas cosas y te sentirás consolado. No blasfemes más, que la blasfemia la castiga Dios terriblemente.

«El Amigo del Pobre»

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100	cada quincena	5 pts. al mes
120 núms. (60 por quincena)	3	al mes
80	(40)	2 al mes
40	(20)	1 al mes
20	(10)	50 al mes